

Internacional de Gráfica



Faber Castell

Stanley Boxer

Daniel Brambilla

Pamela Cavieres

Francisco Copello

Sandro Chia

Rainer Fetting

Rachel Friedberg

Ismael Frigerio

Jorge Gaete

Eduardo Garreaud

Adolph Gottlieb

Joy Gregory

Keith Haring

Mark Kostabi

Yevgen Kozanevich

Gilda Hernández

Carole Hodgson

Paul Jenkins

Francisco Letelier

Matilde Marín

Luis Angel Parra

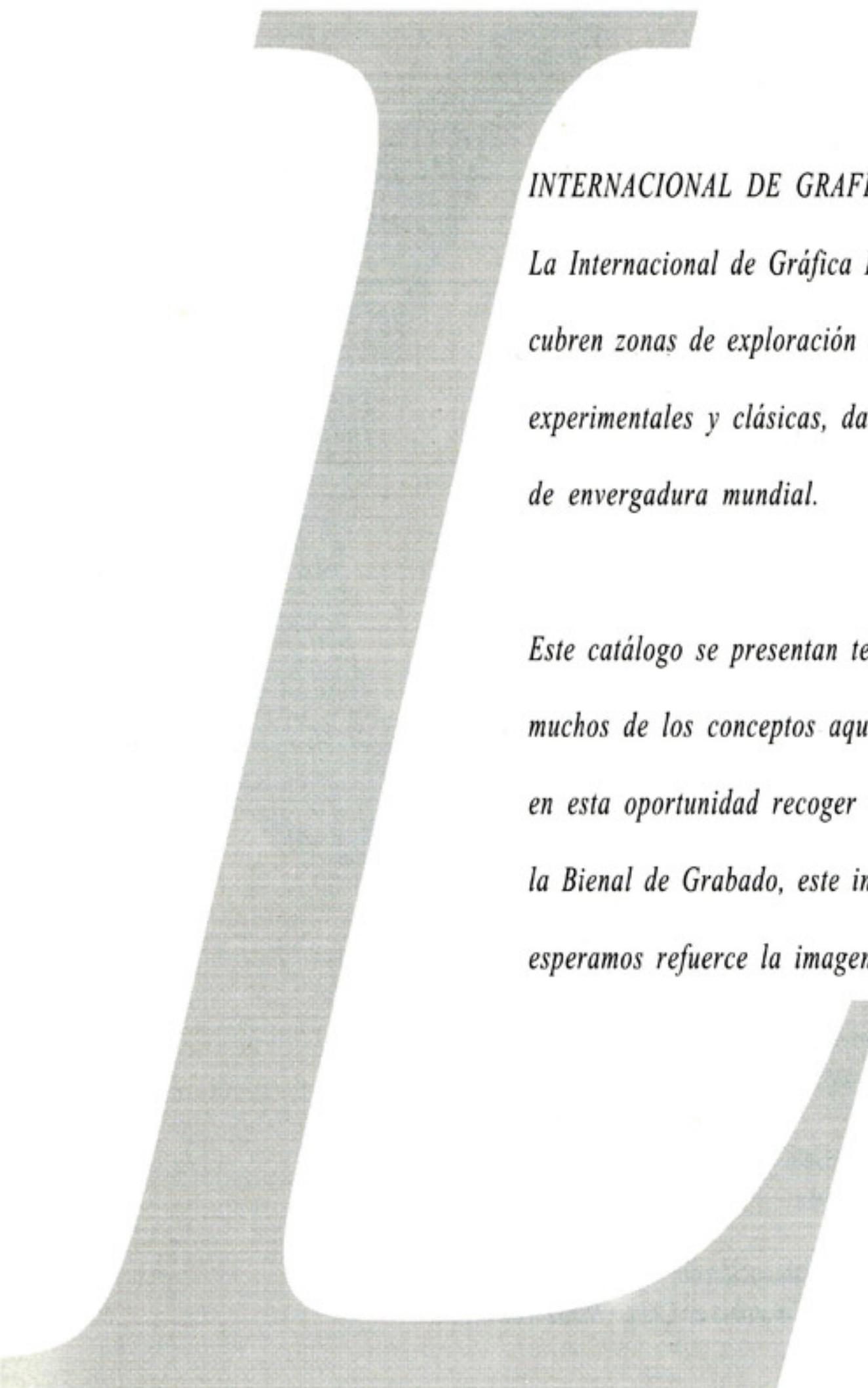
Vicente Rioseco

Mabel Rubli

Myriam Solar

Bernardita Vattier

Museo de Arte Contemporáneo
Universidad de Chile Parque Forestal s/n.
MAYO 1995



INTERNACIONAL DE GRAFICA FABER CASTELL

La Internacional de Gráfica Faber Castell reúne hoy a 25 artistas que cubren zonas de exploración en el grabado y el dibujo con técnicas experimentales y clásicas, dando la oportunidad de presentar un conjunto de envergadura mundial.

Este catálogo se presentan textos que acompañan estas obras y recogemos muchos de los conceptos aquí emitidos como postulados reales. Creemos en esta oportunidad recoger un anhelo de cristalizar nuevamente la Bienal de Grabado, este intento ya lo esta logrando que esperamos refuerce la imagen del grabado en Chile.

María Pfennings
Decana de la Facultad de Artes

Humberto Nilo
Director del Depto de Plástica

Rosario Letelier V.
Directora del Museo de Arte Contemporáneo

Roberto Gellona
Gerente de DAEL

Ernesto Muñoz
Curador

Jacqueline Morey
Daniela Serani
Curadoras Asistentes

Alvaro Mardones
Fotógrafo

Fernando Gatica G.
Diseñador

Agradecemos la colaboración de:
Embajada Argentina en Chile • Embajada de Colombia en Chile • Manuel A. Aguirre



Artistas

Stanley Boxer

Daniel Brambilla

Pamela Cavieres

Francisco Copello

Sandro Chia

Rainer Fetting

Rachel Friedberg

Ismael Frigerio

Jorge Gaete

Eduardo Garreaud

Adolph Gottlieb

Joy Gregory

Keith Haring

Mark Kostabi

Yevgen Kozanevich

Gilda Hernández

Carole Hodgson

Paul Jenkins

Francisco Letelier

Matilde Marín

Luis Angel Parra

Vicente Rioseco

Mabel Rubli

Myriam Solar

Bernardita Vattier

*Francesco
Copello
La historia
inconclusa de
un peripatetico
mimo y grabador*

Con ocasión de esta exposición de mi obra como grabador, se me pidió que escribiera algo al respecto. Difícil tarea, esta de escribir, para un artista que todo lo ve visualmente o a través de la increíble experiencia corporal que es el grácil y bello movimiento del cuerpo humano. Pero, en fin, aquí va.

Tener que escribir sobre mi oficio como impresor de grabados en metal, me hizo meditar sobre mis relaciones con artistas tan diversos como Adolph Gottlieb, Wilfredo Lam, Sandro Chia, Rainer Fetting, Keith Haring, Mark Kostabi, Stanley Boxer, Paul Jenkins y Rachel Friedberg, con los cuales he colaborado durante mis 25 años de profesión. No podía tampoco dejar de pensar en mi vagabundeo por el mundo, tanto del arte como la mota de polvo espacial que nos sirve de carruaje cósmico.

Había nacido en Santiago de Chile, el 21 de mayo de 1938. Al comienzo, llevado por quizás que locura seguramente ambiental, traté de estudiar historia y leyes, abandonando finalmente mis equivocados intentos para irme a trabajar a la Bandera, la fábrica de fideos de mi padre. Pero al cabo de tres años mi poca afinidad con el comercio y los socios de mi padre se hicieron evidentes y determinaron mi partida. Siguiendo finalmente mi intuición y naturaleza, me fui a estudiar arte a Florencia, Italia. Como estudiante, en la Academia de Bellas Artes, tuve comienzos difíciles. Pero al final resultaron ser los cuatro años más creativos e interesantes de mi existencia, logrando además hacerme de varios amigos para el resto de mi vida, entre ellos Sandro Chia, con el que compartíamos un admirable maestro, el grabador Rodolfo Margheri.

En la primavera de 1965 me había relacionado con Susan Stevenson, quien se encontraba en Florencia enseñando historia del arte en el American College de Bellosguardo. Nos casamos al año siguiente en Princeton, Nueva Jersey, EE.UU., y al cabo de extensos viajes nos establecimos en Manhattan en 1967. En Nueva York, Susan trabajó para Thomas Hoving, director del Metropolitan Museum y yo me dediqué por entero al grabado, tomando cursos en el Pratt Graphics Center, donde tuve como profesores a Roberto Delamonica y a Luis Cannitzer. Allí conocí al litógrafo Mike Knigen y arrendamos el loft situado debajo del Pratt. Mike instaló su taller ahí y yo lo asistía en sus ediciones. Al final de cuentas, una desgraciada asociación con un rápido desenlace, perdiendo yo en pocos meses mi trabajo, el loft y mi esposa.

Durante mi consecuente caída en las profundidades de la depresión, apareció en mi ayuda la grabadora argentina, Liliana Porter, la que me ofreció su taller en Morriston para procesar mis grabados. El mercante de arte, John Barton, se habían entusiasmado con ellos.

Al iniciarse el 1969, después de invertir la pequeña herencia de mi padre en mi primer taller de grabado, me instalé en el último piso de un edificio de la calle Chambers, en el distrito de Tribeca en Manhattan. Al comienzo tuve gran ayuda de mi asistente, Fernando Torm. Posteriormente Fernando se independizó y finalmente se transformó en competencia, con bastante éxito.

De 1969 a 1972, me dediqué a promover mi carrera, realizando exposiciones personales en Santiago, Ciudad de México, Washington y Nueva York, participando en las Bienales Internacionales del grabado y ganándome en 1972 el premio “Nicolás Copernico” en Polonia. Mis grabados experimentales llamaron la atención del galerista Brook Alexander, que me propuso trasmutar los dibujos de Adolph Gottlieb en grabados.

Paralelamente a mi actividades como grabador, me había relacionado con dos artistas de gran fermento en ese momento, la coreógrafa minimalista Laura Dean, quien me enseñó danza, y el director de teatro Robert Wilson, quien me dirigió en sus primeras obras, verdaderos cuadros de escena que se sucedían lentamente, con una narrativa como de ensueño.

Impresionado por los cambios políticos en mi patria, volví a Chile a fines de 1972, donde me dediqué a mis proyectos del Body Art (arte corporal), desarrollando una serie de doce tableaux-vivant fotografiados por Luis Poirot durante el invierno de 1973. La vorágine que arrolló a Chile en esos días inhabilitó mi “Happening”, programado para el 12 de septiembre en el Museo Nacional de Bellas Artes.

Después del golpe militar de Santiago, partí a Brasil con la delegación de artistas chilenos enviados a la Bienal de Sao Paulo. Al finalizar la Bienal regresé a Nueva York a enfrentar mi crítica situación. Tenía que decidir si volver a empezar sin taller o focalizar mi mente en mi desarrollo físico y espiritual. Finalmente decidí que necesitaba más tiempo y decidí partir. Primero fui huésped de Claudio Naranjo en Berkeley, California, donde me sometí a disciplinas yogas y a la meditación. Después me fui a Italia, dispuesto a crearme una carrera teatral. Antes de partir vendí mi última obra a John Barton, editada en Milán en la Gráfica Uno de Giorgio Upiglio.

El taller de Gráfica Uno estaba repleto de artistas que esperaban ser editados por Giorgio, destacándose Wifredo Lam, el pintor cubano, que vivía en París. Con su colorido lenguaje, Lam a veces recordaba anécdotas del surrealismo y de su amistad con Picaso. El taller era un lugar alegre y acogedor, lleno de gran energía creativa. Upiglio publicó varias ediciones de mis grabados y finalmente un libro de arte de la fotógrafa Giuliana Traverso con imágenes de mis performances como mimo. Milán en ese momento era un centro cultural muy activo y allí, a través de la galería Diagramma, me introduje en el circuito del arte corporal. El director de Diagramma me presentó a la fotógrafa Giovanna Dal Magro, quien en 1975 captó los mejores momentos de mi performance, “El mimo y la bandera”. Las secuencias

fotográficas de este diálogo simbólico, expresado a través de una danza, cobraron vida propia, desencadenando situaciones, reacciones y contratiempos. En Italia encontré un público para mis espectáculos en teatros, plazas y museos. Auspiciado por fondos públicos y privados para la cultura, pude realizar mis performances y pantominas durante varios años. También pude dedicarme a la enseñanza de la expresión corporal en escuelas de danza, experiencia sorprendente y no falta de lecciones.

En 1984 obtuve finalmente una visa de ingreso a los Estados Unidos. Poco después, en Nueva York, ocurrió mi reencuentro con Sandro Chia, ahora convertido en el máximo exponente de la transvanguardia italiana y dueño de un edificio en la calle 23, donde tenían estudio varios artistas. A través de mi colaboración con Sandro logré mi residencia legal y restablecí mi perdido rol de impresor. Fueron dos grandes años, editando para Sandro un gran número de sus grabados y asistiéndolo en el estudio con sus enormes lienzos de su famosa obra del Palio de Siena. Lamentablemente, un tiempo después comenzaron sus problemas con los famosos hermanos Saatchi, los coleccionistas de arte dueños del que entonces era el más grande conglomerado de publicidad del mundo. Finalmente salí del edificio, ubicándome en la calle 36, en el distrito de la moda, con el taller de grabados "Frank Copello Printshop", para artistas consagrados.

Durante mis meses sin trabajo, junté los fragmentos de un mimo solitario y olvidado, que ha sido presentado en diversos lugares de Nueva York. También ingresé al American Mime Theatre, que dirige Paul Curtis, permaneciendo hasta hoy en la compañía.

Fue el artista alemán, Rainer Fetting, a fines del 87, quien me salvó de mi lenta agonía como impresor independiente. Durante seis años Reiner creó su obra gráfica en mi taller, y yo precesé las planchas, sacando más de cincuenta ediciones, publicadas en su mayoría por la galería Raab de Berlín y Londres.

Esta época se destaca también por la variedad de artistas que llegaron a mi taller de grabado en mi calidad de maestro grabador. Cada uno con su propia personalidad y estilos artísticos. Cada uno un maestro en su área y un gran ser humano, con verrugas y todo.

El prematuramente desaparecido Keith Haring, llegó un día con su conocida prisa, dibujando tres planchitas, previas a la suite de grabados que ilustrarían el cuento corto de William S. Burroughs, "The Valley".

La colaboración mas simpática fue con Stanley Boxer, conocedor de una enorme cantidad de chismes sobre conocidos artistas. Con Stanley editamos sus 120 autorretratos, todos diferentes, usando una increíble cantidad de viejos trucos.

Mi cliente mas original fue Mark Kostabi, demasiado atareado para visitar mi taller. Kostabi vivía orquestando su "Kostabiworld", un equipo de artistas a sueldo, según principios warholianos.

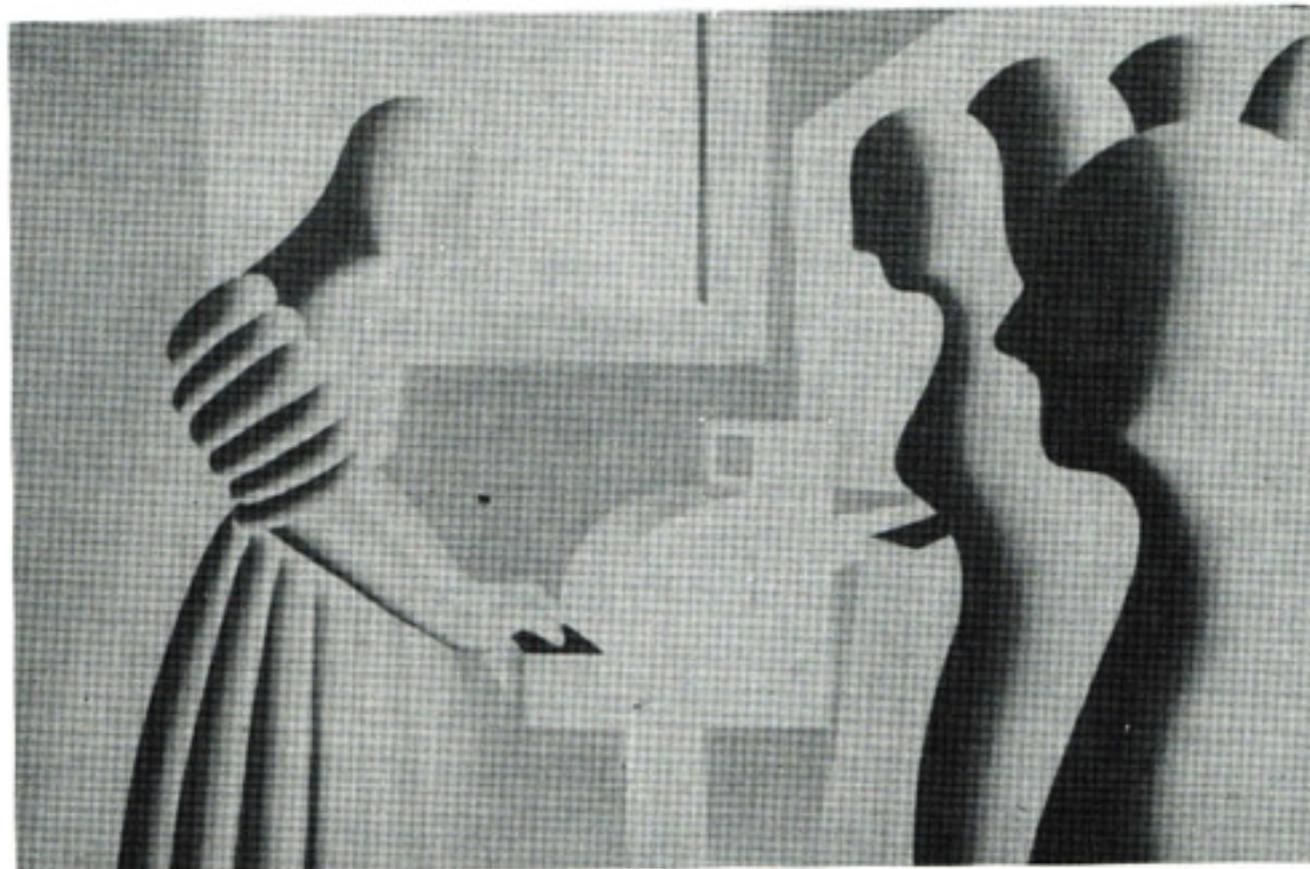
Con el conocido artista Paul Jenkins, realice una colaboración a larga distancia. Paul, después de dibujar siete planchas con buriles en su estudio de Nueva York, se había retirado a pintar al sur de Francia, adonde yo le envié las pruebas de stampa. Posteriormente me llamó para proponerme editar un lucífero autorretrato.

Sin duda, en retrospectiva, que en este tiempo había adquirido una vasta experiencia como grabador, procesando planchas y sacando ediciones para todos estos artistas, además de mi propia obra. A través de mis anónimos esfuerzos les procuré a ellos excelentes resultados.

Y para mí no cabe duda que fue no solo la adquisición de una vasta experiencia, sino que también un largo y henchido aprendizaje de los más recónditos secretos de este gran arte que es el grabado, sin olvidarme de la pantomima, y un crecimiento personal que siempre parece hacerse recién iniciado.

Ahora solo me queda el futuro.

Francesco Copello



Mark Kostabi
1991